

y, lo que es más excepcional, no es uno de los autores que más haya repercutido en la historia del pensamiento a pesar de esa elección, sino que gran parte de su éxito ha sido gracias a ella.

Un segundo ejemplo. Ya en *El nacimiento de la tragedia*, que como reconoce el propio Nietzsche es una muestra de su visión del mundo (p. 18), se entrevén los motivos que van a ocupar su pensamiento durante toda su vida, es decir, la apariencia desde el punto de vista artístico y su utilidad para la vida humana (p. 28), la moral (sobre todo la religiosa) como auge de la sacralización de la razón y el concepto iniciada por Sócrates (p. 21), que, junto con la ciencia, se erige como guía que pretende dar al hombre su lugar en el mundo y las directrices para moverse en él basándose en la «verdad» (pp. 24-27). Estos elementos, así como las interacciones que tienen lugar entre ellos, constituyen el núcleo duro de la filosofía nietzscheana. Paralelamente, la gestación de esta obra coincide con el encuentro que se produce entre Nietzsche y Wagner, profesándose una admiración y una simpatía mutuas. Sin embargo, años más tarde, el compositor llegó a producir una sensación biliar en el filósofo, ya que pasó a ser la personificación del fraude: Nietzsche creyó ver en él al hombre intuitivo (que, consciente de su engaño, lo convierte en creación) distinto al hombre racional (que miente sin saberlo y sólo produce mero engaño) (p. 37), pero fue el artista que no posee la dignidad y la disciplina necesarias para autoafirmarse, para lograr el autodomínio, el genio seducido por la fama y la gloria que le ofrece el rebaño y que, en definitiva, sacrifica la vida. Según la evolución de la vida y del pensamiento de Nietzsche, que hizo acopio de valor y sacrificio pese a lo delicado y doloroso de su existencia, llegando a elegir la soledad en aras de la dignidad que le procurase el júbilo por la vida vivida que se repite sin descanso libre de culpa y pecado (p. 170)..., no podía, de ninguna manera, permitirse seguir profesando esa admiración y esa simpatía hacia Wagner: la cuestión queda resuelta con la legitimidad que se apoya en toda una vida de argumentos en forma de aforismos que no dan cabida a la ignominia (su amistad no se truncó porque el éxito de Wagner suscitara los celos de Nietzsche, eso habría sido anti-nietzscheano) (p. 261) y que constituyen la defensa de quien vivió su vida a *su* modo hasta las últimas consecuencias (p. 127).

A estas conclusiones, y a otras muchas, se llega tras la lectura del libro que, como bien anuncia el título *Leyendo a Nietzsche*, propone (y consigue) leer algo en las obras de otro (*aliquid apud aliquem lego*), siendo una muestra de inteligencia por saber escoger de entre las obras las mejores para tal empresa y por saber leer entre líneas una vida fascinante contada a través de una autobiografía sublime que comienza con *El nacimiento de la tragedia* y alcanza su cenit con *Ecce homo*, pasando por casi todos los libros escritos entre uno y otro.

Marina Abad Pérez-Padilla  
Universidad de Málaga

ONFRAY, Michel, *La inocencia del devenir. La vida de Friedrich Nietzsche*, trad. de Alcira Bixio, Barcelona: Gedisa, 2009. 124 pp. ISBN: 98-84-9784-317-1.

Michel Onfray (1959), uno de los ensayistas franceses más presentes en la actualidad por sus alegatos intempestivos y provocadores, nos ofrece en este libro sobre Nietzsche el guión que mostraría en qué medida la vida de Nietzsche es el testimonio de su pensamiento vivido. Muchos intérpretes de la filosofía y de la obra de Nietzsche

no han dudado en calificar su filosofía como una «filosofía experimental», en la que el propio autor experimenta su pensamiento en sí mismo, uniendo teoría y praxis tan estrechamente que no se puede desvincular una de otra. Esa forma testimonial la presenta Onfray como un desafío frente la esclerosis múltiple que ofrece la filosofía académica, cuyo estado de salud es precario, en parte debido a la desidia universitaria y en parte al uso periodístico y al éxito editorial. Los dos apartados que tiene el libro lo dicen todo: «Contar en imágenes una vida filosófica» (pp. 11-40) y «La inocencia del devenir» (pp. 41-124). En el primer ensayo, una especie de prólogo que sirve para justificar como «praxis» el guión que escribe a continuación, califica el cine actual de «cine anémico», falto de ideas y de creatividad. Para él el cine queda reducido a una mera industria, a puras batallas mercantiles destinadas al beneficio, en las que los actores o actrices son un ingrediente más del mercado. Lo mismo que la filosofía, que en lugar de transmitir un «saber libre» lo que hace en realidad es «difundir signos de reconocimiento que avasallen y luego permitan crear tribus con sus cabecillas, hordas y jaurías de machos dominantes». Esta manera de vilipendiar las formas en que se hace filosofía, arrasando con modelos filosóficos testimoniales en los que la vida filosófica y el pensamiento, «el discurso y la existencia, los libros y los compromisos no son distintos, sino que están correlacionados, ligados de manera consecuente», pone de relieve los excesos verbales de Onfray a la hora de valorar la tradición filosófica. Para él sólo se puede creer en lo que dice el filósofo cuando su vida da testimonio de lo que dice.

Por su parte, *La inocencia del devenir* es un guión que entreteje los momentos más cálidos de la vida de Nietzsche que representan cortes dramáticos en el camino de su pensamiento, siempre arrebatado por el *pathos* de su lucha por superarse a sí mismo y llegar a ser el que es. En el fondo, es otra forma de pensar la *amor fati*, que enseña a vivir la mayor sabiduría, amar el propio destino, enseñar la naturaleza trágica del mundo. Onfray insiste en esa manera de entender la tarea del filósofo, la de enseñar la naturaleza trágica del mundo y ofrecer soluciones para vivir mejor en el mundo. Y para ello «debemos ser experiencia», experiencias vividas. ¿Qué es entonces el texto, el testimonio escrito, los libros? Lou Andreas-Salomé entendió bien esta conjunción en su obra *Nietzsche en sus obras*, pues para ella Nietzsche escribía describiendo «su propio yo transformado en pensamientos». El valor de su pensamiento no estaba tanto en su originalidad teórica, sino en la «violencia íntima» con la que se expresaba en sus obras. Onfray trata de hacer lo mismo, plasmar la experiencia del pensamiento y la confesión de sí mismo en su filosofía, pero en imágenes. No es por eso extraño que haya aquí una sintonía entre la propia idea de Nietzsche, de hacer de su vida una obra de arte, o ejemplificar su personalidad como seña del «arte de vivir bien». De este modo, Onfray decide, con ciertos riesgos no calculados, contar la vida de Nietzsche en imágenes en un guión que lleva por título *La inocencia del devenir*, para un filme en el que se proyectaría su vida como testimonio de su «pensamiento vivido». Son 79 las escenas, breves, escuetas y sustanciales, secuenciadas en un orden cronológico, sin ningún *flash back*, en las que se dramatiza sintéticamente los momentos claves de la vida de Nietzsche, haciendo especial énfasis en el papel que jugó su hermana Elisabeth a lo largo de su vida. Son escenas muy conocidas, tópicas, fieles a su biografía. Es ciertamente original la inserción de piezas de música clásica acompañando a gran parte de las escenas, y todo ello contribuye a proporcionar una atmósfera especial a cada momento representado. No obstante, su propuesta de guión tendría que parangonarse con otros ensayos que ya se han hecho, como por ejemplo en películas como la de Liliana Cavani, *Más allá del bien y del mal*, o las más recientes películas, una inspirada en el libro de Irwin Yalom, *El día que Nietzsche*

*lloró*, o el film de Julio Bressane, *Días de Nietzsche en Turín*. También se ha escenificado en distintas obras de teatro la vida del filósofo. Por eso, el hecho de llevar el pensamiento de un autor tan polémico a la pantalla, o al escenario, haciendo que su potente pensamiento se transforme en imágenes o en formas plásticas, no es ninguna novedad. La sugerencia de Onfray no es pues «inocente», pero es demasiado simple en su contenido y poco pretenciosa. Un guión bastante pobre, si lo comparamos con la tormentosa vida del propio Nietzsche. Dedicar tantas páginas al papel de la hermana, sobredimensiona su importancia. Es posible que el propio autor fuese consciente ya desde el principio de que el guión, como tal, es un guión imposible de convertir en imágenes; no obstante, no deja de ser un testimonio que le ha servido al autor para vehicular su crítica frente a la filosofía que se hace y que se edita.

Luis Enrique de Santiago Guervós  
Universidad de Málaga

ZUBIRÍA, Martín, *Nietzsche. Mundo amado, amada eternidad. (Comentario a los cantos y discursos de Zarathustra)*, Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2009. 213 pp.  
ISBN:

El libro de Martín Zubiría es el primer comentario que se lleva a cabo en español sobre la difícil obra de Nietzsche *Así habló Zarathustra*, «un libro para todos y para ninguno». Este libro, «el más profundo –como dice Nietzsche–, nacido de la más entrañable riqueza de verdad, un pozo inagotable donde balde que baja, sube repleto de oro y de bondad» (EH, Prefacio § 4), siempre ha sido un reto para los exégetas e intérpretes que se han acercado a la que es probablemente la obra más críptica de Nietzsche. Zubiría no trata de desentrañar los misterios de esta obra, como indica, sino que sus pretensiones son más bien modestas: señalar pistas para aquellos que no estén demasiado familiarizados con Nietzsche para que se comprendan mejor la cantidad de expresiones simbólicas y alegóricas que se acumulan en esta obra. Por lo tanto, el autor, a pesar de las dificultades, ha asumido el riesgo de emprender una tarea de esas características, sin pretensiones interpretativas de altos vuelos. No cabe duda de que éste es un ejercicio exegético y hermenéutico abierto, sin dogmatismos, que va comentando paso a paso cada uno de los discursos de Zarathustra, en sus cuatro partes, de una manera breve, pero a veces sugerente. Y es el propio autor el que sale al paso de posibles malas interpretaciones de esta obra. No pretende hacer una crítica a Nietzsche, ni corregirle, ni tampoco llevar a cabo una defensa de sus pensamientos, sino desbrozar el camino que permita «la comprensión del *Zarathustra* mediante una elucidación que dé cuenta de cada uno de los discursos que integran la obra» (p. 15). Este ejercicio de comentarista del autor se ejerce queriéndole imprimir un sello especial, dando a los comentarios algunos matices particulares, desde el momento en que el propio intérprete trata de contrastar la doctrina de Zarathustra con el saber cristiano, especialmente con los Evangelios y la doctrina de Tomás de Aquino. No es que sea un ejercicio ilícito; sin embargo, por una parte, el intérprete insiste mucho en que sus comentarios son el resultado de la experiencia que ha tenido con el texto, después de prestar oídos con sosiego a «lo que dicen las palabras» de Zarathustra. Gadamer, cuando aconsejaba a sus discípulos cómo habría que interpretar un texto, solía decir que había que dejar hablar al texto, sólo al texto, en la media en que su modo de ser, el del texto, es su autonomía. Tratar de aclarar aspectos del texto con juicios previos, en este caso la doctrina cristiana, significaría quebrantar el diálogo